

La raíz del conflicto

Es importante destacar que esta carta de Juan fue escrita muy probablemente alrededor de los años 90s. Y contestando tu pregunta, de hecho, las tres cartas tituladas “de Juan” en el Nuevo Testamento son todas escritas por el apóstol Juan, a pesar de haber muchos cuestionamientos acerca de eso. ¿Por qué ha surgido esa discusión? Esto se da especialmente entre cierto círculo académico, y alegan sobre todo las diferencias de estilo y el diverso encare de algunos temas teológicos entre las cartas y el evangelio. Pero la mayoría de los estudiosos está de acuerdo con que esta carta es un escrito de la mano del propio apóstol. Porque, de hecho, ya en el principio encontramos una afirmación de que el autor de la carta es testigo de la resurrección de Cristo Jesús. A su vez, la fraseología es muy semejante entre el evangelio y las cartas, hay frases enteras que se repiten en ambos tipos de escritos y hay un vocabulario típico que aparece en todos los escritos de Juan. O sea que, toda la argumentación refuerza la autoría del Apóstol Juan de estas tres cartas, la cual es también confirmada por los llamados “padres” de la iglesia que vivieron en contacto directo con los apóstoles y la generación siguiente, todos afirmando que Juan fue el escritor de estas cartas.

¿Qué estaba pasando en esta comunidad cristiana a la que Juan le escribió? Para que entendamos lo que está pasando, debemos recordar que el contexto aquí es semejante al que vemos en 2 Pedro y Judas: Juan está confrontando a un grupo herético, pre gnóstico. Y durante esta carta Juan presentará algunas tesis para saber si una persona es realmente de Dios o si está en el camino de los herejes pre gnósticos de su tiempo. ¿Y qué era lo que sostenían estos grupos de carácter gnóstico?

Estos pre gnósticos negaban que Jesús fuera un ser humano de verdad; negaban la encarnación y su resurrección; no creían que el ser humano tuviera una naturaleza pecaminosa y, así, ellos desarrollaron una espiritualidad falsa. Y fíjate: terminaron fomentando la discriminación hacia otras personas, causando problemas de relación, y conflictos entre los integrantes de la iglesia. Ante ese contexto, vayamos a la lectura del texto que empieza diciendo lo siguiente: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos referente al Verbo de vida...”

Al estar ya en una fecha más avanzada del desarrollo inicial de la iglesia, era más fácil que un grupo hereje llegara y dijera: ‘mira, en realidad, Cristo nunca se hizo carne de verdad, o nunca resucitó. Fue una aparición fantasmagórica, una especie de ser espiritual’. Así que Juan, con autoridad apostólica, dice: ‘no, no, no, ¡eso no! ¡Paren la mano! Eso no es así’. Por ello, vemos que empieza hablando con autoridad usando la expresión ‘lo que era desde el principio’, que de hecho evoca el Génesis cuando dice: ‘En el principio’, y, posiblemente, una referencia al principio de la propia acción de Cristo como hijo de Dios encarnado entre nosotros.

También es significativo la mención a los sentidos de la vista, oído y tacto del autor, que afirma haber experimentado en primera persona a Jesucristo. Es que Juan está

diciendo: ‘está confirmado, está todo confirmado. ¡De hecho lo vimos! ¡Yo soy testigo! No es un cuento. No se trata de alguien que cree que vio. ¡No!’ ¡Hemos visto y estamos hablando sobre el verbo de la vida, o la Palabra de la vida, como también se puede traducir, en una referencia directa a nuestro bendito Señor y Salvador, Jesucristo!

Sigue diciendo Juan: “...la vida que se ha manifestado, y que nosotros hemos visto y de la que damos testimonio, es la que nosotros les anunciamos a ustedes: la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos ha manifestado. “Así que, lo que hemos visto y oído es lo que les anunciamos a ustedes, para que también ustedes tengan comunión con nosotros. Porque nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos estas cosas, para que el gozo de ustedes sea completo.”

Juan está preocupado por la comunión de los cristianos, o sea, la vida en comunidad que estaba siendo afectada por estos herejes que estaban dividiendo a la iglesia y produciendo conflictos. Y aquí permítanme decir esto. A veces pensamos en los conflictos, en nuestros problemas personales particulares, como el de una persona enferma que quiere tomar solo un analgésico, en vez de resolver el problema de una vez; nos ponemos a pensar: “vamos a resolver los conflictos humanos y con eso ya está bien. Vamos a tomar un analgésico para mejorar el dolor.” Sin embargo, no nos damos cuenta de que el problema es más profundo. Un problema personal tiene origen espiritual. Por eso, no desprecies la teología, no desprecies la doctrina, o el estudio de la Palabra de Dios, porque de él depende tu salud espiritual y personal. ¿Y cómo se vincula esta interesante reflexión con lo que ocurría en la iglesia a la que le escribe Juan?

La gran verdad es que el asunto que plantea Juan no era aislado, tenía mucho que ver con el propio Dios y con su obra a través de Jesucristo. Necesitamos entender que el problema de relación de aquella congregación y el nuestro tiene raíces espirituales, y es eso lo que el texto empieza a señalar. Juan podría hablar solamente sobre los conflictos entre personas, pero él dice: ‘mira, vamos a corregir primero nuestra teología, nuestra doctrina. Deben saber que la gente que está creando problemas de relación, y produciendo conflicto entre las personas, está sosteniendo una doctrina equivocada. Y enfatiza que Jesús era absolutamente divino y humano. ‘Hemos visto, somos testigos y vamos a compartirlo con ustedes, para que la alegría de todos sea completa. Y lo estoy diciendo para que tengamos una buena relación, es decir, que tengan comunión con nosotros basada en esa verdad absolutamente clara del evangelio.’

Si no tenemos una base doctrinal, teológica, y bíblica común, bien cimentada, la fuente de conflictos estará abierta para destruir la comunión cristiana. Porque quiebra la relación con Dios, porque estaban diciendo que Jesús no fue quien realmente era cuando se encarnó y vivió en esta Tierra. Una mala teología es siempre terreno propicio para el conflicto y conspira contra la comunión.

Y entonces él sigue adelante diciendo: “Éste es el mensaje que hemos oído de él, y que les anunciamos a ustedes: Dios es luz, y en él no hay tiniebla alguna. “Si decimos que tenemos comunión con él, y vivimos en tinieblas, estamos mintiendo y no

practicamos la verdad. Pero si vivimos en la luz, así como él está en la luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesús, su Hijo, nos limpia de todo pecado.”

Dios es luz. Luz, aquí, tiene el sentido de santidad, de pureza, y también de revelación de la verdad. Cuando la luz llega a un ambiente todo se manifiesta claramente en la manera en la que es. Sabes muy bien que mucha gente evita ponerse una ropa muy clara, muy blanca, porque ella pronto revela la suciedad que está presente en el ambiente y se pega a la vestimenta. La idea de la luz es la idea de manifestar la verdad que hay que notar. Así que, mira bien, ese grupo de herejes estaba apartándose de la luz. Estaban en tinieblas. Y cuando alguien está lejos de la luz y creando problemas y conflicto con los demás y tiene un problema teológico o espiritual, ¿qué hace esa persona? Bueno, usualmente habla demasiado como para justificarse... ¿y qué decían esas personas de la carta? Decían que tenían comunión con Dios.

¿Lo ves? Ellos lo estaban diciendo, nadie les preguntó, pero estaban afirmando: (*sarcásticamente*) ‘mira, no queremos problemas, tenemos comunión, somos buena gente...’ pero si en la práctica viven haciendo el mal, provocando malentendidos, conflictos y divisiones... ¿en qué situación estaban?... viviendo en las tinieblas, dice Juan... estaban mintiendo.

Allí lo tienes. Juan no tiene término medio. O estás en la luz, o estás en las tinieblas. O estás del lado del bien o del mal. Si andamos en la luz, entonces, sí, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesucristo su hijo nos purifica de todo el pecado. Entonces es muy importante tener cuidado. El que habla demasiado, proclamando su bondad y se cree más que los demás, tiene algo muy fuera de lugar en su propia vida. Cuando tenemos comunión, una relación sana con los demás, comprobaremos la verdadera purificación de parte de Dios en nuestra vida. Es interesante que el texto señale que cuando andamos en la luz tenemos comunión unos con otros, pero el que no acepta su propio pecado, que no ve su propio error, tiene conflicto con otros. Está cargado de culpa, de perturbación. ¿Quiere decir esto que estas personas mentían y se mentían a sí mismas sobre su condición espiritual?

Vuelvo a la premisa inicial: Nuestro problema personal tiene origen espiritual. Cuando abrimos el corazón y decimos la verdad, aceptando nuestros errores, será mucho más fácil tener relación con los demás. Sí, la gran verdad es que aquí está la raíz del conflicto. Veamos cómo lo plantea Juan. Él dice: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. ¿Viste? Una sentencia definitiva, pero hay una respuesta de Dios para el pecado. ¿Cómo dice el versículo 9? “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros.”

Es interesante el proceso anti-luz, que es el proceso de la negación. Cuando negamos que tenemos pecado, es decir, que somos pecadores por naturaleza, viviremos presos del mal, por lo que, tenemos que ver nuestra debilidad y nuestra miseria y aceptar nuestras deficiencias, creyendo que la gracia de Dios puede alcanzarnos y cambiarnos. Pero también debemos confesar nuestros errores cometidos, los

pecados. El verdadero camino para una espiritualidad saludable, una relación sin conflictos empieza cuando aceptamos la realidad de que somos pecadores y que hemos cometido pecados. Por eso, es necesario darnos cuenta de los errores específicos en vez de tratar de probar que somos esto o aquello. El camino correcto en dirección de lo que Dios desea es firmar una homologación, confesar los pecados, estar de acuerdo con Dios. Decirle: ‘Dios, lo cierto es que necesito de tu ayuda’. Juan lo dice, porque los herejes negaban que fueran pecadores. Ahora, si nos vamos en otra dirección, además de estar engañándonos a nosotros mismos, estamos llamando a Dios mentiroso y la palabra divina no está en nosotros. Aquí en 1 Juan está la raíz del conflicto. Nuestro problema personal, relacional, en el fondo, es mucho más teológico y espiritual de lo que mucha gente se imagina.